

LA INDIGNACIÓN, EL RESPETO Y LA ESPERANZA: IDEALES NECESARIOS EN UN CONTEXTO DE INTOLERANCIA¹

MARIO ACEVEDO AGUIRRE²

¿ACTUALIDAD O PERTINENCIA Y NECESIDAD DEL PENSAMIENTO FREIRIANO?

“La tolerancia es la virtud que nos permite convivir con el que es diferente para luchar contra el que es antagónico”³.

Paulo Freire

Cuando mi amigo Joao francisco de Souza me dijo que el tema general de este coloquio sería la actualidad del pensamiento de Paulo Freire, pensé escribir una ponencia sobre su actualidad en la educación colombiana y me pregunté qué tan actual ha sido el pensamiento de Paulo Freire en Colombia en estos últimos años. Francamente, no lo sé.

Si por actualidad entendemos la cualidad que atrae la atención de las gentes, el uso, la costumbre o incluso la novedad, indudablemente el pensamiento de Paulo Freire sigue siendo actual por que siempre puede ser novedoso. Y siempre puede ser novedoso porque ello depende de la manera como se lee, como se interroga y como se utiliza. El mismo Freire, en una entrevista en mayo de 1997, cuando le preguntaron si su obra publicada en 1970 permanecía actual, dijo: “Es hoy más actual que cuando salió en 1970, dependiendo también de la capacidad del lector, de cómo él sabe leer”⁴.

Pero más que su actualidad, lo que me parece verdaderamente importante de su pensamiento, referido a la situación colombiana de hoy, es su pertinencia, su necesidad, la necesidad urgente de un pensamiento crítico, radical y esperanzado que nos ayude a comprender una situación tan compleja y tan dolorosa como la que vive hoy nuestro país y que, ayudándonos a comprenderla, nos ayude también a transformarla en potencial para la construcción optimista de nuestro futuro.

HUELLAS Y DESESPERANZA DE UNA TRAGEDIA

“Son tiempos donde todos están contra todos, donde nadie escucha nadie, tiempos egoístas y mezquinos donde siempre estamos solos”

Fito Páez

El día 30 de abril de 1999 desapareció el profesor Darío Betancourt Echeverry, director de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá. Su cadáver apareció el 7 de septiembre de este mismo año en cercanías de Bogotá, y hasta el momento no se ha podido saber quiénes ordenaron y ejecutaron su muerte. Este investigador y profesor de historia de Colombia, candidato a Doctor en Sociología de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, había publicado numerosos libros y artículos en los que daba cuenta de las raíces de la violencia que a lo largo de este siglo ha desangrado nuestro país. Al momento de su muerte se encontraba terminando su tesis doctoral.

El día 4 de mayo fue asesinado en su oficina de la Universidad de Antioquia el profesor Hernán Henao. Este antropólogo había cometido el pecado de soñar con un mundo en el cual los hombres y mujeres pudiéramos crear y recrear una sociedad en la que las diferencias y conflictos se asumieran, se enfrentaran y se pudieran resolver, sin tener que eliminarnos unos a otros. Y cometió el pecado aún mayor de luchar por ese mundo soñado y trabajar constantemente para construirlo desde su cátedra, su investigación, sus asesorías, sus publicaciones, su proyecto de vida y su práctica política.

El día 13 de agosto de este mismo año, fue asesinado en la ciudad de Bogotá el humorista, periodista y crítico Jaime Garzón, reconocido activista por la paz y gestor de la liberación de secuestrados por la guerrilla y los para-militares, pero mucho más reconocido aún por su crítica mordaz, a través de un humor incisivo e inteligente, a todas las formas de abuso del poder y a todas las formas de opresión e injusticia que se expresan en nuestra sociedad. Convencido de que por medio de la guerra no vamos a resolver los conflictos sociales que cada vez se agudizan más en Colombia, dedicó su inmenso talento y su incansable energía a tender puentes entre los diferentes sectores enfrentados en esta guerra.

El día jueves 9 de septiembre, cuando aún no había terminado de escribir esta ponencia, me enteré de que dentro de la Universidad Nacional de Colombia había sido asesinado el profesor de Economía Jesús Antonio Bejarano, quien fue consejero para la paz, embajador de Colombia en el Salvador, presidente de la Sociedad de Agricultores de Colombia y uno de los más profundos conocedores del problema agrario de nuestro país y de la incidencia de la violencia en nuestra sociedad. Un hombre que asumió el riesgo de poner en práctica sus ideas y convic-

ciones a través de la gestión pública, como asesor y promotor de políticas tendientes a buscar una solución negociada al conflicto armado, y desde una posición crítica y autónoma frente a todos los extremos, pues como dice Oscar Collazos, “Bejarano sabía que se movía peligrosamente por las aguas de un centro beligerante, fácil presa de la incompreensión. Porque incomprensibles han empezado a ser aquellos hombres que no se acercan a los extremos desde donde se dispara sin misericordia y con demencia creciente”. Por eso lo mataron, y por eso no sabemos, y tal vez nunca sabremos, quiénes lo mandaron a matar.

Nos están asesinando la inteligencia, el humor, la autonomía, la crítica, la capacidad de compromiso y el deseo de libertad. Pero también nos están asesinando el derecho fundamental a la vida y a una vida digna. En el lapso en que han ocurrido estas muertes de reconocidos intelectuales, también han ocurrido numerosas amenazas de muerte y ejecuciones de dirigentes sindicales, estudiantiles y populares y defensores de los derechos humanos, y se han perpetrado innumerables masacres de campesinos, obreros, desplazados y gentes sencillas de un pueblo que está siendo destruido en una espiral de violencia cada vez más descontrolada en la que “todos los contendientes se encuentran en una competencia que apenas alcanza para confundirnos sobre cuál de todos contribuye más no sólo a avergonzarnos ante el mundo contemporáneo sino a alejarnos de cualquier pretensión de construirnos, incluso como humanos”⁵.

Estas masacres indiscriminadas y estas muertes selectivas se “justifican” con el macabro argumento de que las víctimas eran colaboradores de alguno de los bandos enfrentados en un conflicto que se degrada cada vez más, pues los armamentistas de todos los extremos condenan la neutralidad, pasiva o activa, de quienes queremos una salida a través del diálogo y la negociación política, y nos exigen a todos los colombianos adherir a uno de los tantos actores del conflicto armado. Y más aún, no quieren escuchar a sectores cada vez más numerosos de la población que en las calles y en las plazas públicas se están manifestando contra la violencia, ni a las comunidades indígenas que proponen que sus resguardos sean territorios de convivencia, diálogo y negociación⁶, ni a los universitarios que exigen que sus universidades no sean convertidas en campos de batalla.

La profesora Miryam Jimeno, de la Universidad Nacional, comentando la reacción de los universitarios ante el asesinato del Profesor Bejarano, muestra cómo de las manifestaciones de repudio al asesinato pueden recogerse dos: una que señala el empeño de los bandos de guerreros en obligar a la población entera, llámense intelectuales o campesinos, a alinearse con uno u otro. Es decir, pretenden que la guerra monopolice la palabra y la acción y se sometan a sus designios de combate. La otra propuesta queda resumida en el grito de miles de estudiantes, profesores y trabajadores: ¡Fuera la violencia de las universidades! Se pregunta qué significado puede dársele a ese clamor, para concluir que la Universidad

no pueden sustraerse al conflicto envolvente de la sociedad colombiana ni tampoco puede dejar de contribuir con su análisis, crítica y propuestas al empeño general por la paz en Colombia. “Pero como institución, la universidad sí puede levantar su voz, su único legado, para pedirle a los protagonistas de la guerra que no las conviertan en sus campos de batalla”⁷.

Y lo peor es que todos recurren a la violencia con el convencimiento absoluto de que de esta manera se va a alcanzar la paz y se va a construir un país mejor. Como dice el profesor Fernando Viviescas: “En esa perspectiva, todos han confluído a emprenderla en contra de la sociedad civil y han declarado objetivo militar a todo el que se atreva a pensar que la salida puede ser evitando destruir seres humanos, bienes y servicios, sobre el bárbaro lema: quien no esté conmigo está contra mí y quien no esté completamente conmigo, no está conmigo”, (Viviescas, p. 21).

¡Cuántos crímenes se han cometido en nombre de la paz, y cuánto temor, impotencia y desesperanza nos produce esta realidad!

Pero cuando creemos que no hay salida, cuando pensamos que estamos perdiendo toda esperanza, recordamos las palabras de Paulo Freire, pronunciadas en el Centro de Investigaciones y Desarrollo de Montevideo, Uruguay, en 1989, cuando nos mostró que la indignación puede ser el punto de partida para la construcción de una pedagogía que respete ante todo la dignidad humana. Decía Freire:

“Es la propia realidad la que en muchos momentos puede llevarnos a una situación de desesperación, de apatía, en la cual perdemos la visión de un mañana en el que ya no creemos. Es exactamente esta realidad la que me lleva a plantear la necesidad de la indignación. Es decir, en lugar de una posición fatalista frente a un mundo de dominación, en lugar de volverme fatalista –y por lo tanto cínico– yo planteo la necesidad de una pedagogía indignada”⁸.

Ahora, para que una propuesta pedagógica producto de la indignación sea eficaz, se tiene que inspirar también en la esperanza, por que como decía Freire desde 1970: “La esperanza está en la raíz de la inconclusión de los hombres, a partir de la cual se mueven en permanente búsqueda (...) La desesperanza es una forma de silenciar, de negar el mundo, de huir de él. La deshumanización que resulta del “orden injusto”, no puede ser razón para la pérdida de la esperanza, por el contrario, debe ser motivo de una mayor esperanza, la que conduce a la búsqueda incesante de la instauración de la humanidad negada en la injusticia”⁹.

Encontramos en estas afirmaciones los primeros elementos para construir una pedagogía que, basándose en el respeto a la dignidad humana, contribuya, en su propia realización, a reconocer a cada ser humano desde la indignación y la es-

peranza. Una pedagogía que al mismo tiempo que denuncie indignada una situación deshumanizante, anuncie, esperanzada, la posibilidad de transformación de esa situación.

LA INTOLERANCIA Y SUS MÚLTIPLES MANIFESTACIONES

Lo que estamos presenciando en Colombia es una confluencia de las más diversas formas de intolerancia, cuyo resultado se ha materializado en esta serie interminable de masacres indiscriminadas y asesinatos selectivos. Cuando esa intolerancia religiosa que llevaba a turbas de católicos exacerbados por sacerdotes dogmáticos a apedrear las casas e iglesias de los protestantes, nos parecía propia de un pasado ya lejano, aparecen hoy otras formas no menos arcaicas y pre-modernas de intolerancia: rechazo frente a “otras” formas de vida, discriminación racial e intolerancia cultural, ideológica y política, siendo ésta última la más visible y agresiva y la que más se ha acrecentado en los últimos años. Todas estas manifestaciones de intolerancia, de alguna manera, se alimentan mutuamente en tanto son reproducidas en los procesos de socialización familiar y escolar, en las relaciones laborales, en la vida institucional, en la vida social y política e inclusive en las formas de producción del conocimiento y en la manera como nos relacionamos con el saber. Y todas ellas, como lo señala Angelo Papacchini, “poseen muchos rasgos similares y convergen, al final, en una actitud común de rechazo, segregación o discriminación del otro”¹⁰.

En esta difícil construcción de la modernidad en Colombia, aún subsisten, como lo he señalado, manifestaciones de intolerancia religiosa, que si bien no se expresan a través de las bárbaras prácticas arriba mencionadas, sí lo hacen a través de formas más sutiles y por lo tanto no menos exentas de peligro, como el desconocer, silenciar, menospreciar o ridiculizar creencias y prácticas religiosas. Aunque estas formas de intolerancia se dan de manera preponderante en la esfera de la vida privada, también se manifiestan en la esfera pública, como en los medios de comunicación y en el quehacer de las instituciones.

Como otras manifestaciones de la intolerancia, el rechazo a “otras formas de vida” tiene sus raíces en la convicción de que la forma de organizar nuestra cotidianidad, la manera de satisfacer nuestros gustos y necesidades y el modo de asumir nuestras inclinaciones y conductas, responde a cánones normales y universales. Desde esta posición, las otras son consideradas perversas o anómalas y merecen, por lo tanto, el castigo, el rechazo o por lo menos la desconfianza. Este tipo de intolerancia se inculca tanto a través de procesos de socialización familiar y escolar, como de prácticas que son consideradas correctas sin haber sido sometidas a ninguna crítica y a la promoción de valores que nunca se ponen en cuestión.

En esta cultura de la intolerancia, “el otro” es percibido como una amenaza y no como un potencial para nuestro propio crecimiento y desarrollo. En un país multicultural y pluriétnico, donde pareciera que una de sus mayores fortalezas es la gran diversidad, y en el que la posibilidad de unidad dentro de esa diversidad pudiera ser un recurso para que cada cultura, respetando a las otras, se reconociera a sí misma y se reafirmara, es absurdo, por decir lo menos, que haya manifestaciones de intolerancia étnica y cultural. Habría que preguntarse qué mecanismos psicológicos y sociológicos la generan y qué artificios pedagógicos la perpetúan.

Por otra parte, la convicción de que existe una única opinión verdadera acerca del sentido de la vida, la visión del mundo y el modelo de sociedad que queremos refuerza la intolerancia ideológica y política en tanto justifica que quienes no comparten nuestras propias certezas son dignos del desprecio, el rechazo, la exclusión y aún el castigo. La dificultad para superar estas formas de intolerancia se debe a que está enraizada en una actitud dogmática de quienes, creyendo poseer la verdad, consideran inútil sopesar los argumentos que se formulan desde posiciones y perspectivas diferentes.

Reconocer la presencia de formas tan acendradas de intolerancia en nuestra historia nos obliga a preguntarnos cómo y en qué medida nosotros, los maestros, a través de nuestra práctica pedagógica, en nuestras instituciones educativas y en nuestras relaciones con la sociedad, el conocimiento y la cultura, hemos contribuido a que se configure esta situación. ¿En qué sentido y en qué medida nuestro compromiso con la formación de ciudadanos es responsable de la configuración de una sociedad que no encuentra ni plantea alternativas para asumir sus conflictos y contradicciones sin tener que suprimir al otro?

LAS FALACIAS DE LA TOLERANCIA: CONNIVENCIA, SIMULACRO O EXCLUSIÓN

Freire siempre fue un crítico radical de la intolerancia en todas sus manifestaciones, de las actitudes que la generan y la promueven, como son el dogmatismo y el autoritarismo y de sus consecuencias tanto a nivel escolar como a nivel social. Decía que la intolerancia hace imposible la convivencia con los diferentes y por eso es sectaria, acrítica y castradora, pues el intolerante se siente dueño de la verdad, que le pertenece¹¹.

Freire denuncia la filiación de posiciones aparentemente opuestas, pero que por estar basadas en el dogmatismo tienen las mismas consecuencias pedagógicas y políticas, en tanto conducen al desconocimiento, la opresión y la exclusión del otro. Sin embargo, llama la atención sobre la necesidad de mantener un compromiso radical que no se puede debilitar por la crítica a los extremismos. “Luchar contra el autoritarismo de derecha o de izquierda no me conduce, sin embargo,

a una neutralidad imposible que no es otra cosa sino el modo mañoso con el cual se pretende esconder la opción” (Freire, 1998, pág. 107)¹².

Quisiera, a partir de estas afirmaciones, analizar la posición de Freire frente a la intolerancia y el autoritarismo por un lado, y la tolerancia como virtud, por el otro, con el propósito de identificar algunas *ideas fuerza* que se puedan convertir en principios orientadores de una propuesta pedagógica que sea pertinente en el contexto de una cultura de la intolerancia como el descrito anteriormente. Para ello recuperaré la propuesta de Angelo Papacchini, en la que nos convoca a “cuestionar la intolerancia en todas sus formas” pero sin que necesariamente tengamos que aceptar, sin reservas ni críticas, el ideal de tolerancia¹³.

Papacchini señala que, si bien hay que reconocer el papel progresista del ideal de la tolerancia en la lucha contra los fundamentalismos y a favor de la libertad y los derechos, apelar a este ideal es insuficiente debido a la ambigüedad que el término conlleva, la cual nos puede conducir a la condescendencia, la indiferencia, el desprecio, e inclusive, a la connivencia con el mal. Su propuesta es un llamado a desentrañar lo que el ideal de tolerancia postula, pero también lo que esconde.

Basta con mirar algunos de los sinónimos de la palabra tolerancia para empezar a sospechar sobre el riesgo que corremos de empobrecer su sentido: indulgencia, condescendencia, anuencia, acomodo, pasividad, conformidad, contemporización, comprensión, compasión, avenencia, transigencia, benevolencia, paciencia, disimulo y aguante, entre otros. Con base en estos planteamientos se puede interpretar que sólo se tolera lo que es malo o desagradable. Como lo dice el mismo Papacchini, “en muchos casos tolerancia es sinónimo de indulgencia frente a debilidades y errores, nuestros o de los demás. No es infrecuente que la persona *tolerante* considere con cierto desdén, como un extravío o error, las tesis que no coinciden con las suyas”¹⁴. Obsérvese cómo esta forma de tolerancia tiene estrechos nexos con la intolerancia ideológica que parte de la suposición de que sólo existe una opinión verdadera.

Creo que una lectura apresurada del concepto de tolerancia en Freire nos puede llevar a pensar que su posición cae en algunas de las falencias que Papacchini denuncia en su estudio sobre la tolerancia. Me refiero a lo que yo denomino en un trabajo anterior una lectura ingenua-fragmentaria de su obra, en la cual se toman frases y afirmaciones fuera del contexto histórico y teórico en que fueron producidas y que por lo tanto pueden ser sometidas a múltiples y contradictorias interpretaciones¹⁵. Recordemos que para Freire la tolerancia es una virtud del educador progresista y que inclusive la califica como una virtud revolucionaria¹⁶.

Pero si miramos este concepto con relación a otros que configuran su propuesta pedagógica, encontramos que, lejos de sugerir desprecio, condescenden-

cia o indiferencia, se refiere, por el contrario, al respeto por el otro, a la crítica y a la autocrítica (como condición para el diálogo), y a un profundo compromiso con la liberación del ser humano. En Freire, la tolerancia, lejos de ser indulgente, es radical, en tanto tiene sus raíces en el respeto por la dignidad humana.

Mirado así, el concepto de tolerancia en Freire tiene una fuerte analogía con la propuesta de Papacchini para “conservar el núcleo racional de la tolerancia, más allá de las ambigüedades que han marcado esta noción a lo largo de la historia”¹⁷. La propuesta de Papacchini consiste en adoptar el ideal de respeto por la dignidad humana como regulador de las relaciones interpersonales. Esta noción implica que el respeto por la persona se traduce en un interés real por su condición de ser humano con necesidades por satisfacer, un interés genuino por lo que el otro pretende comunicar y una obligación de colaborar con él en el logro de sus fines como ser humano.

PEDAGOGÍA Y DIGNIDAD: HISTORIA POR CONSTRUIR

El reconocimiento del otro como condición del diálogo y el encuentro pedagógico propuesto por Freire se basa también en un profundo respeto a la dignidad humana y se puede constituir en fundamento de una pedagogía que asuma de manera perentoria los graves conflictos que se expresan en un contexto marcado por la intolerancia.

En otras palabras, en un contexto en el que se han radicalizado de manera tan extrema las posiciones en conflicto, se hace necesaria una pedagogía radical, en el sentido propuesto por Paulo Freire. Para Freire, ser radical no significa situarse en un extremo tal que nos impida escuchar otras voces y razones, sino situarse en la raíz, de tal manera que nos permita ver más allá de las apariencias superficiales del problema; pues como dice Antonio Maclús, “para Freire hay una diferencia diametralmente opuesta entre una actitud radical y una actitud sectaria. A diferencia del sectario, el radical no pretende imponer su opción ni niega a los demás el derecho a optar, dado que actúa sobre la base del diálogo”¹⁸. Si asumimos una actitud radical frente a la violencia, la denuncia de sus manifestaciones visibles, por terribles que ellas sean, no nos debe impedir mirar sus causas más profundas.

Recordemos que las preocupaciones de Freire siempre se mueven en términos de tensiones entre posiciones extremas, en ese difícil umbral donde se busca un justo medio sin pretender ser neutral, en resolver tensiones entre extremos nocivos: ¿cómo ser tolerante sin dejar de asumir el compromiso? ¿Cómo luchar contra el autoritarismo sin dejar de reconocer y ejercer la autoridad? ¿Cómo ser libertario sin caer en actitudes licenciosas? ¿Cómo ser riguroso sin dejar de ser alegre y apasionado?¹⁹.

La crítica al autoritarismo pedagógico, por ejemplo, no significa para Freire la negación de la autoridad legítima del profesor. Por el contrario, ésta última contribuye a la construcción de la libertad y la autonomía del estudiante. “El estudiante, como estudiante, no es el profesor. Ellos son diferentes pero no necesariamente antagónicos. La diferencia está precisamente en que el maestro tiene que enseñar, experimentar, *demostrar* autoridad y el estudiante tiene que experimentar libertad con relación a la autoridad del profesor. La autoridad del profesor es absolutamente necesaria para el desarrollo de la libertad de los estudiantes, pero si la autoridad del profesor va más allá de los límites que ésta debe tener con relación a la libertad de los estudiantes, entonces no tenemos más autoridad, no tenemos más libertad, tenemos *autoritarismo*”, (Freire y Horton, 1990, pág. 61-62).

Esta posición refleja un profundo respeto por el otro, no sólo por la dignidad humana reconocida en el otro, sino también por sus sentimientos, sus aspiraciones, su potencial, sus limitaciones y sus conocimientos. Dice Freire: “Respetar el conocimiento de la gente es para mí una actitud política consistente con la opción política del(a) educador(a) si él o ella piensan en una sociedad diferente. En otras palabras, yo no puedo luchar por una sociedad si al mismo tiempo no respeto el conocimiento de la gente”²⁰.

Este reconocimiento llega incluso a proponer la necesidad del otro como condición de mi propia existencia. Decía Freire: “No pienso auténticamente si los otros no piensan también. Simplemente no puedo pensar por los otros ni para los otros ni sin los otros: ésta es una afirmación que incomoda a los autoritarios por el carácter dialógico implícito en ella”.

El reconocimiento respetuoso del otro es al mismo tiempo fundamento, condición y resultado del diálogo. Diálogo que no es en Freire únicamente un artificio pedagógico de convencimiento o seducción, sino la posibilidad del encuentro de los seres humanos en términos de la igualdad que les da su condición de tales, y el encuentro de estos con el mundo. Pero aún más, el diálogo es fundamento de humanización en tanto contribuye a realizar la vocación ontológica de los seres humanos de ser más y conocer más: nos reconocemos en el diálogo como seres humanos y a través del diálogo participamos en la producción del conocimiento.

“El diálogo gana significado precisamente porque los sujetos dialógicos no solo conservan su identidad sino que la defienden y así crecen, el uno con el otro, por lo mismo el diálogo no nivela ni reduce el uno al otro (...) implica, por el contrario, un respeto fundamental por los sujetos involucrados en él, que el autoritarismo rompe o impide que se constituya. Tal como la permisividad, de otro modo, pero igualmente perjudicial” (Freire, 1998, pág. 112).

Por eso el diálogo en Freire, como lo anota Alfredo Ghiso, “es una actitud y una praxis que impugna el autoritarismo, la arrogancia, la intolerancia, la masificación. El diálogo aparece como la forma de superar fundamentalismos y de posibilitar el encuentro entre semejantes y diferentes”²¹.

El respeto por el otro como fundamento del diálogo significa, como dice E. Zuleta, “tomar en serio el pensamiento del otro: discutir, debatir con él sin agredirlo, sin ofenderlo, sin intimidarlo, sin desacreditar su punto de vista, sin aprovechar los errores que cometa o los malos ejemplos que presente, tratando de saber qué grado de verdad tiene; pero al mismo tiempo significa defender el pensamiento propio”²². Es decir, en el acto de reconocer al otro, yo me reconozco y reconozco en mí y en el otro nuestro potencial y nuestras limitaciones.

Esto exige igualmente una actitud crítica y autocrítica que le da a las relaciones entre los seres humanos una dimensión que va mucho más allá de la mera tolerancia pasiva, pues implica un interés activo por el otro. Como dice Papacchini: “El respeto se expresa en una actitud dialógica y supone el esfuerzo por comprender las razones de quienes opinan y actúan de manera distinta”²³. Para Freire el pensamiento crítico, “*el pensar verdadero*”, es una condición para el diálogo y al mismo tiempo lo transforma en acción y por lo tanto en posibilidad de transformación de la realidad²⁴.

Esta capacidad del diálogo en Freire para impugnar la intolerancia y el autoritarismo nace de una concepción de libertad como condición esencial del ser humano (e incluso de los seres vivos), pues si la libertad hace parte de la esencia de mi ser y de la de los otros seres, cualquier represión a ella es inmoral, como también es inmoral la inexistencia de límites a la libertad. “En ese sentido soy más radical, la libertad precisa de tal manera de un límite que ella es la inventora de la autoridad. En lugar de ser la autoridad la que inventa la libertad es la libertad la que, reconociendo la necesidad de su límite, inventó la autoridad. Pero en el momento en que la autoridad limita la libertad, la autoridad necesita limitarse para no ser irrespetuosa con la libertad”²⁵. Es decir, la libertad no sólo se pone en peligro cuando se le niega la forma de expresarse, de ser ella misma, sino cuando hipertrofia su poder, negándola como autoridad. “La libertad se perjudica cuando la autoridad se niega a sí misma y cuando la autoridad niega la libertad”.

Una pedagogía indignada, esperanzada, crítica, respetuosa de las diferencias y que asume como su tarea central la liberación, “luchando contra una concepción autoritaria del estado y de la sociedad”²⁶, es lo que necesitamos para contribuir a la construcción de una paz verdadera, basada en la justicia social. Como lo dice el mismo Freire: “La paz se crea y se construye con la superación de las realidades sociales. La paz se crea y se construye con la edificación incesante de la justicia social. Por ello no creo en ningún esfuerzo llamado de *educación para la paz* que, en lugar de revelar el mundo de las injusticias, lo vuelve opaco y tiende a ce-

gar a sus víctimas. En cambio, la educación social por la cual combató es aquella que, rigurosa, seria, fundamentalmente democrática o progresista, preocupada por que los educandos aprendan, los desafía y los critica²⁷.

En la Colombia de hoy, los activistas por los derechos humanos; los dirigentes campesinos, estudiantiles y sindicales, los profesores y los intelectuales críticos, es decir, casi todos, tenemos miedo. Es inevitable. ¿Cómo no sentir miedo cuando las muertes que he mencionado en esta ponencia se suman a una lista interminable que crece dramáticamente en la medida en que crece la injusticia social y la violencia política que conlleva la imposición de un modelo económico como el neoliberal?

Porque en la Colombia de hoy no hay una mayor expresión de autoritarismo que la manera como se está imponiendo este modelo económico y no hay mayor expresión de intolerancia que la respuesta de los violentos ante las denuncias de los activistas e intelectuales críticos sobre las causas y efectos de esta imposición.

A pesar de las diferencias ideológicas entre Darío Betancourt, Hernán Henao, Jaime Garzón y Jesús Antonio Bejarano, todos tenían en común una actitud crítica frente a la situación de injusticia social que está viviendo el país y un compromiso por la búsqueda de una salida al conflicto colombiano a través del diálogo. Pero el círculo vicioso se hace cada vez más cerrado: crece la injusticia, crece la denuncia y crece la respuesta de los intolerantes: la guerra, la violencia, y la eliminación del otro, como máxima expresión de autoritarismo.

Cuando los intolerantes se radicalizan es cuando más necesitamos asumir la tolerancia de una manera radical, para que como ideal orientador de nuestra acción pedagógica y política, no nos lleve a posiciones como la connivencia, la negligencia o la exclusión. Es decir, debemos asumir la tolerancia como respeto por la dignidad humana y constituirlo en principio orientador de una pedagogía radical, como la que hoy necesitamos. Por que en este contexto no es suficiente una *educación para la paz* como la que denuncia Freire: aquella que se niega a mirar las causas de la injusticia y mantiene ciegas a las víctimas de la violencia y la intolerancia.

Hoy más que nunca necesitamos una pedagogía que nos permita enfrentar el miedo que inevitablemente sentimos si estamos dispuestos a asumir el conflicto en toda su profundidad. Ante tanto horror, tanta tristeza, tanta desesperanza y desconsuelo, hoy más que nunca, necesitamos una pedagogía del amor, del compromiso, de la utopía y de los sueños; una pedagogía que nos ayude a realizar nuestro inédito viable, una pedagogía basada en el respeto por la dignidad humana, una pedagogía de la esperanza como la que nos legó nuestro maestro Paulo Freire.

NOTAS

1 Ponencia presentada en el II Coloquio Internacional Paulo Freire. Centro Paulo Freire - Estudios e Pesquisas. Centro de Educación - Universidad Federal de Pernambuco. Recife, Pernambuco - Brasil, Octubre 6, 7 y 8 de 1999.

2 Profesor del Instituto de Educación y Pedagogía, Universidad del Valle, Cali, Colombia.

3 Esta frase que tantas veces repitió Paulo Freire me hizo pensar en una consulta radial realizada por la Cadena Radial Colombiana -RCN- que encontró que el 78% de los consultados estaban de acuerdo con una intervención de los EE.UU. en territorio colombiano para enfrentar la amenaza de la guerrilla y el paramilitarismo y resolver, por esa vía, el conflicto armado colombiano. ¿Será que estamos aceptando al que pudiera ser nuestro antagonico, ante la imposibilidad de juntarnos con el que es diferente?

4 Serafim, J.P. "Nosotros somos seres de lucha". Entrevista con el pedagogo brasilero Paulo Freire. Citado por Fátima de Jesús Andrade en "Paulo Freire: actualidad y urgencia de su praxis y de su discurso".

5 Viviescas, M. Fernando. "Barbarie contra la imaginación. Revista Ensayo & Error #6. Junio de 1999.

6 En el Congreso Regional Indígena del Cauca del pasado mes de junio, se planteó que "por la forma en que se ha desarrollado la historia colombiana, ni el estado ni la insurgencia representan los intereses de las mayorías, los cuales deben pasar por la concreción, en la práctica, de la democracia participativa y ella no se puede delegar, pues es la base fundamental para llegar a un pacto político que exprese la decisión de las grandes mayorías". Por eso solicitan participar activamente en los diálogos ofreciendo los resguardos como espacios de convivencia y proponiendo un cambio de perspectiva en los diálogos de paz para que la sociedad colombiana no tenga que asumir la disyuntiva de delegar sus más sentidos intereses o en el gobierno o en la insurgencia.

7 "Pero el clamor no se dirige únicamente hacia fuera de las universidades y hacia los otros. Es un imperativo para nosotros mismos, los universitarios. Es la necesidad de comprometernos en un frente común en torno de abandonar ambigüedades sobre el uso de la violencia, en los predios universitarios, provenga de donde provenga. En repudiar la complicidad que permite como tolerables la intimidación de profesores y estudiantes por otros miembros de la propia universidad". Periódico El Tiempo, septiembre 24 de 1999.

8 Citado por José Luis Rebellato en "Educación y transformación social. Homenaje a Paulo Freire". Editorial Laboratorio Educativo, 1998, página 109.

9 Pedagogía del Oprimido. Páginas, 105-106.

- 10 Papacchini, A. Los derechos humanos, un desafío a la violencia. Altamir Ediciones. Bogotá, 1997 (los dos siguientes apartes se apoyan en el capítulo “¿Tolerancia o respeto?”, de este libro).
- 11 “El educador coherentemente progresista sabe que estar demasiado seguro de sus certezas puede conducirlo a considerar que fuera de ellas no hay salvación. El intolerante es autoritario y mesiánico. Por eso mismo en nada ayuda al desarrollo de la democracia pues no es posible crecer en la intolerancia”. *Educación y participación comunitaria*. En Nuevas Perspectivas Críticas en Educación, Ediciones Paidós, Barcelona, España, 1994.
- 12 *Pedagogía de la Esperanza: un reencuentro con la Pedagogía del Oprimido*. Siglo XXI Editores. México, 1998.
- 13 Papacchini, p. 247.
- 14 Ibid. P. 247-48.
- 15 Acevedo, Mario. “Mis encuentros con Paulo Freire: un acercamiento a su vida y a su obra”. Ponencia presentada en el I Coloquio Internacional sobre Paulo Freire, UFPB, Recife, Brasil.
- 16 En una entrevista concedida a Rosa María Torres, en agosto de 1986, Freire dice: “Otra virtud importante es la de la tolerancia. Hay mucha gente que piensa que la tolerancia es una cualidad de los liberales. No, para mí la tolerancia es una virtud revolucionaria, en tanto significa la capacidad para convivir con los diferentes, para poder luchar con el antagónico”. En *Educación Popular: Un encuentro con Paulo Freire*. Corporación Laboratorio Educativo. Caracas, Venezuela, 1986, p. 104-105.
- 17 Papacchini, p. 267.
- 18 Monclús, A. *Pedagogía de la contradicción: Paulo Freire, nuevos planteamientos en Educación de Adultos*. Editorial Anthropos. Barcelona, 1988.
- 19 “Creo un absurdo separar el acto rigurosos de saber el mundo de la capacidad apasionada de saber. Yo me apasiono no sólo por el mundo sino por el propio proceso curioso de conocer el mundo”. *La educación en la ciudad*. Siglo XXI Editores. México, 1997, p. 107.
- 20 Freire y Horton, 1990. P. 101)
- 21 Ghiso, Alfredo. “Pedagogía y Conflicto: Pistas para deconstruir mitos y desarrollar propuestas de convivencia escolar”. CESEP, Medellín, 1998.
- 22 Zuleta, E. *Educación y Democracia: un campo de combate*. Corporación Tercer Milenio, FEZ Bogotá, 1995, p. 129.
- 23 Papacchini, p. 272.

24 “Para el pensar ingenuo, lo importante es la acomodación a este presente normalizado. Para el pensar crítico, la permanente transformación de la realidad con vistas a una permanente humanización de los hombres”. *Pedagogía del Oprimido*, p. 106

25 Passeti, Edson. *Conversación libertaria con Paulo Freire*. Editora Imaginario. São Paulo, 1998, p. 68-69.

26 *Ibidem*. P. 99

27 *Correo de la UNESCO*, diciembre de 1986, París, p. 46.